



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: La memoria socialista de la Guerra Civil en el exilio

Autor: Mateos López, Abdón

Forma sugerida de citar: Mateos, A. (2015). La memoria socialista de la Guerra Civil en el exilio. En M. C. Serra, J. F. Mejía y C. Sola (Eds.), *Política y sociedad en el exilio republicano* (247-256). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Política y sociedad en el exilio republicano

Diseño de la cubierta: D.G. Irma Martínez Hidalgo

ISBN: 978-607-02-7211-0

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

18. LA MEMORIA SOCIALISTA DE LA GUERRA CIVIL EN EL EXILIO

Abdón Mateos López*

Resumen

En el presente capítulo se hace una valoración sobre la construcción de la memoria del socialismo español durante el exilio, desde el golpe de Estado del general Casado hasta los gobiernos socialistas de Felipe González en los años noventa del pasado siglo.

Palabras clave

Exilio español, Frente Popular, Guerra Civil española, Pablo Iglesias, Partido Socialista Obrero Español.

Sé que todavía no han cesado de agitarse las turbulentas aguas de esa espantosa contienda, pero quiero hacerme la ilusión de que van dejando ya sus sedimentos, de que se va formando ya el poso histórico en el cual puede examinarse mejor el origen y la naturaleza de sucesos que destrozaron a España y conmovieron al mundo.

INDALECIO PRIETO, "La guerra de España: su poso histórico" (1960)

INTRODUCCIÓN

En marzo de 1939 se produjo la ruptura del antifascismo español, tras el pronunciamiento del Consejo de Defensa, dada la participación en el golpe militar de Casado de sectores mayoritarios de las organizaciones frentepopulistas con la excepción de los comunistas. Una ruptura completada en septiembre de 1939 con el pacto germano-soviético. Este fin del Frente Popular estaba acompañado del rechazo a la colaboración con el PCE, debido a su supeditación a Stalin. Los implicados en la conjura de Casado fueron acusados de traidores por parte de Juan Negrín o Santiago Carrillo. Esta condena no fue com-

* Doctor en Historia y Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Realizado en el marco del Proyecto HAR 2012-34.132.

partida por Indalecio Prieto, a pesar de considerar poco afortunado el pronunciamiento, debido a que nada consiguió de Franco, siendo contraproducente incluso en el objetivo de facilitar la evacuación de los dirigentes republicanos.

LA RUPTURA DEL ANTIFASCISMO ESPAÑOL

Ese momento de ruptura del antifascismo y de liquidación del Frente Popular suponía cancelar la colaboración bilateral, con comité de enlace y de unificación entre el PSOE y el PCE, y de rechazo al presidente del gobierno, Juan Negrín, cargando sobre él injustamente la responsabilidad de la derrota y del catastrófico final de la guerra.

Sin embargo, ese rechazo de Negrín y la ruptura del Frente Popular antifascista también era el inicio de un aglutinamiento de los socialistas y de superación de las líneas divisorias de los años treinta; primero contra los seguidores de Besteiro, luego de Largo Caballero, y, finalmente, tras la salida de Indalecio Prieto, del Ministerio de Defensa Nacional, en abril de 1938. Ya en el verano de 1938, al mismo tiempo que crecían el aislamiento y la hostilidad contra Negrín, el lugarteniente de Caballero, Rodolfo Llopis y Prieto habían tratado de superar el enfrentamiento anterior. El caballerista Ricardo Zabalza y el besteirista Lucio Martínez Gil se habían integrado en la Ejecutiva socialista en el otoño de 1938. Y, finalizada la guerra, el antiguo secretario del partido y seguidor de Besteiro, Andrés Saborit, había llamado a que Prieto asumiera el liderazgo del partido en el exilio tras la celebración de un congreso. Del mismo modo, en el crítico momento en el que la Diputación Permanente de las Cortes declaró inexistente el gobierno Negrín, en julio de 1939, un grupo de diputados socialistas de las diversas tendencias antiguas renovó la dirección del Grupo Parlamentario, conviviendo en la misma un prietista y un caballerista, como lo eran Amador Fernández y Rodolfo Llopis.

Por tanto, la reiterada caracterización del PSOE, como una organización en declive y dividida, no resiste el análisis de los hechos. La mínima escisión que se consolidó en el exilio en México no sirve para caracterizar la evolución de posguerra, en que se produce una refundación que pretende regresar a los orígenes pablistas, del fundador Pablo Iglesias, sin confusión con los comunistas y rechazando la vivencia de la guerra de España. No hay escisión en las prisiones o en la clandestinidad, y en el exilio los que sostienen la legalidad anterior son una minoría muy cualificada, pero que puede cuantificarse

de uno a diez. Se puede decir, pues, que en el seno del socialismo se produce una pionera superación política del pasado de la contienda, queriendo echar al olvido las divisiones y enfrentamientos que habían recorrido a las organizaciones durante los años treinta.

Quizá la marginación de los cualificados seguidores de Juan Negrín hiciera que, como los antiguos revolucionarios sin posible agitación que realizar, la escritura de la guerra sea más abundante. La perduración de esa palabra escrita, de esa memoria y de esa literatura histórica ha influido, sin duda, sobre la historiografía. Si examinamos el hecho fundamental del final de la guerra y del comienzo del exilio, como es marzo de 1939, los testimonios que condenan a Casado y la actitud de Azaña son mayoritarios. Es la condena hacia ambos del casi coetáneo libro de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, y del casi inédito *Pasión y muerte de la segunda República española*, del también periodista socialista Fernando Vázquez Ocaña, impreso en 1940. Poco después, otro negrinista, igualmente calificado de prosoviético, Julio Álvarez del Vayo, publicará en la imprenta del SERE en México, la editorial Séneca, el libro *La guerra empezó en España. Lucha por la libertad* (1940). Vayo se situaba al lado de las democracias, pero no llegaba a condenar abiertamente el pacto germano-soviético, considerando que con ello Stalin no se entregaba al imperialismo hitleriano. Vayo defendía, además, que se podía haber prolongado la resistencia seis meses más, pensando en enlazar, ilusoriamente, como le recriminó Luis Araquistáin, dicha resistencia con el inicio de la guerra en Europa.

Para contrarrestar esa literatura de combate, los socialistas mayoritarios decidieron editar los informes y correspondencia del líder del partido: Indalecio Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*; y *Espistolario Prieto-Negrín* al inicio de la guerra mundial, tras la firma del pacto germano-soviético. Era una condena explícita del mismo, frente a la mera adhesión a Francia de los negrinistas. En ese momento ya se había fundado la Junta de Auxilio a los republicanos (JARE), que desahuciaba al Servicio de Evacuación del gobierno de Negrín en el exilio (SERE). El opúsculo de Prieto volvería a reeditarse en México, en abril de 1940, poco antes de la clausura de las organizaciones de ayuda y prohibición de la actividad comunista, y del mismo hundimiento de la Tercera República francesa.

Otra de las plumas más vigorosas contra Negrín fue la del antiguo mentor del Lenin español, Luis Araquistáin. Tras negarse a refrendar al presidente del gobierno en la Diputación de las Cortes, en julio de 1939 publicó el folleto *El comunismo y la guerra de España*. Fue

pionero en hacer autocrítica de la Revolución de Octubre de 1934, considerando que, a partir de entonces, el Partido Socialista había entrado en una fase de descomposición moral y política. Respecto a su antiguo amigo, correligionario y con cuñado, el expresidente Negrín llegaba a afirmar que lo único que le guiaba era una ambición desmedida, sacrificándolo todo, no sólo la lealtad a su partido, sino “la república española y el destino de la propia España”.¹

Tenemos, por tanto, en el mismo año de 1939 tres momentos de ruptura del antifascismo español, de liquidación del Frente Popular: Casado en marzo, Prieto en julio ante la Diputación Permanente de las Cortes y, como remate final, la firma del pacto entre Hitler y Stalin, con el que dio comienzo la Guerra Mundial en Europa.

DEL FIN DE LAS CONMEMORACIONES A LA LITERATURA DE COMBATE

Además de la memoria personal, en la inmediata posguerra, ya en los años de la Guerra Mundial, fueron desapareciendo las conmemoraciones vinculadas a la guerra de España. Es cierto que los anarcosindicalistas conmemoraban el 19 de julio como el inicio de la revolución sindical provocada por el golpe de Estado, o los comunistas recordaban la defensa de Madrid en noviembre de 1936.

Por el contrario, los negrinistas mantuvieron la fecha del triunfo del Frente Popular hasta 1942, pero los socialistas y republicanos mayoritarios no recordaron ninguno de los sucesos de la guerra. Se conmemoraba el 14 de abril, el aniversario de la proclamación de la Segunda República, pero los socialistas regresaron a las efemérides tradicionales del aniversario de la muerte del padre fundador, Pablo Iglesias, el 9 de diciembre, o de la fiesta del 1º de Mayo. Por el contrario, el aniversario de la revolución de octubre de 1934, solamente fue recordado ocasionalmente y no sin polémica.

Esto ocurrió en 1949, en el 15 aniversario de Octubre, reabriéndose las heridas de los años treinta. Mientras el secretario del partido, Rodolfo Llopis, defendía la conmemoración de Octubre, a su juicio, un hecho equiparable a la Comuna de París en 1870 o a la insurrección socialista de Viena en 1934; reclamaba, al mismo tiempo, no “pensar con la memoria”, evitando todo resentimiento, otras plumas, como las del presidente y el vicesecretario del Partido, Indalecio Prieto y

¹ Luis Araquistáin, *Sobre la guerra civil y en la emigración*, Madrid, Espasa, 1983, p. 225.

Andrés Saborit, reiteraron la consideración de que los socialistas se habían equivocado con el movimiento revolucionario.

Hay que recordar que Prieto se había declarado “culpable ante mi conciencia” por su participación en el desarrollo —más que en los orígenes— del movimiento revolucionario, en un discurso pronunciado con ocasión del 1º. de Mayo de 1942.

Saborit creía que el movimiento había sido un error y que los socialistas tenían parte de culpa en el comienzo de la guerra, lo que fue respondido por caballeristas radicales, como Wenceslao Carrillo y Arsenio Jimeno, que creían que Octubre era un movimiento revolucionario similar a los de 1917 y 1930, y que fueron seguidos de éxitos electorales y del fortalecimiento del movimiento obrero. En cualquier caso, todos consideraban que no había ninguna relación entre Octubre de 1934 y la sublevación que dio lugar al inicio de la Guerra Civil.

La literatura de combate en torno a los sucesos de la guerra de España prosiguió durante los años cincuenta. Cabe destacar las polémicas en torno a la publicación del libro de Jesús Hernández, exdirigente del PCE, en esos momentos titista, *Yo fui un ministro de Stalin*, y del libro de Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, con prólogo del expresidente del PSOE en el exilio, Enrique de Francisco. Los recuerdos de Hernández, defenestrado en México en 1944, dieron lugar a la publicación —por el PSOE y la UGT en 1953, en el 70 aniversario de Prieto— de una serie de artículos en el folleto titulado *Entresijos de la guerra de España*. Ambos libros insistían en los manejos del Kremlin en la acción de gobierno de la república en guerra, coincidiendo con la muerte de Stalin. Tanto De Francisco como Hernández se situaban al inicio de los años cincuenta en la disidencia de los dos partidos obreros históricos.

Los escritos de Caballero de 1945 contenían una crítica a las refundadas organizaciones socialistas en el exilio, pero lo más importante era su consideración de que la Segunda República había sido enterrada y su coincidencia con Prieto en una solución plebiscitaria de la cuestión de la forma de gobierno y la necesaria colaboración antifascista con el PCE. La polémica se extendía a la política del exilio, tanto en los escritos de Largo Caballero como de Prieto y Vázquez Ocaña de los años cuarenta, siendo uno de los platos fuertes la continuidad o no de la legalidad del gobierno Negrín en el exilio, pese al rechazo de la mayor parte de los representantes de los partidos políticos y sindicatos del antiguo Frente Popular.

En esos años había fracasado el primer intento de una política de solución nacional del problema español en el contexto de la Guerra

Fría. La declaración de San Juan de Luz de agosto de 1948, entre socialistas y monárquicos, constituía, sin embargo, un plan de transición y plebiscito que suponía una primera tentativa de reconciliación de los españoles y de superación de la guerra fratricida. Esta llamada a la concordia de los españoles, superando los años de la República, ya la había realizado el líder socialista en los primeros años cuarenta en una serie de discursos en La Habana.

Sin embargo, a diez años de distancia del final de la guerra era todavía demasiado pronto para que restañaran las heridas de la contienda. Esto se vio en las difíciles conversaciones de 1947 entre los antiguos líderes de la CEDA y del PSOE, José María Gil Robles y Prieto, bajo la mediación de los laboristas británicos.

Solamente la emergencia de una nueva generación de monárquicos y europeístas demócratas permitió la consolidación de un comité de enlace entre socialistas y monárquicos o que, por ejemplo, el joven catedrático, entonces democristiano, Mariano Aguilar Navarro, se integrara en el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo con los exiliados.

En efecto, a mitad de los años cincuenta, la emergencia de la generación de hijos de la guerra, cuyo lema generacional era que la guerra había terminado, frente a la oprobiosa conmemoración del franquismo, permitió la progresiva sedimentación de las huellas de la contienda. No deja de ser significativo que una de las primeras declaraciones en un manifiesto unitario antifranquista de intelectuales se produjo en 1960, con ocasión del 20 aniversario de la muerte en prisión del catedrático de lógica y expresidente socialista, Julián Besteiro.

En los años sesenta muchos cuadros socialistas publicaron libros de recuerdos: el antiguo secretario del PSOE y dirigente de UGT, Andrés Saborit, había publicado en la prensa crónicas de los tiempos fundacionales de las organizaciones socialistas en la serie “Recuerdos del tiempo joven”, culminando, además, la biografía de Julián Besteiro en 1961. Le animaba un claro propósito de “dejar correr el tiempo y curar las heridas”, evitando “remover cenizas que pudieran avivar llamas”, pero con la intención de que aprendieran las generaciones futuras más que entrar en una polémica, propia de la literatura de combate político de las décadas anteriores.

Esa sedimentación de la huella de la guerra de España tras la desaparición de alguno de los principales protagonistas de la República en guerra (Manuel Azaña, Juan Negrín, Indalecio Prieto o Diego Martínez Barrio) permitió, por tanto, la recuperación del pasado, no sólo de la guerra, con la intención de que no se produjera una solución de

continuidad en la cultura política socialista. En los años sesenta, también se recopilaron los escritos de Prieto, *Convulsiones de España* o *De mi vida*, así como antologías de, por ejemplo, los antiguos directores del semanario *El Socialista*, Gabriel Pradal, o de Manuel Albar.

El testamento político de Albar, escrito en 1943, reconocía que todavía se estaban eliminando las toxinas de revolucionarismo inoculadas desde 1934, reivindicando el regreso a la tradición pablista y la construcción de un sentimiento nacional español, un verdadero patriotismo más que un nacionalismo, que evitaría que se repitiera la tragedia de la guerra. Además se distanciaba del marxismo, reconociendo a la democracia como un fin en sí mismo.²

El héroe consagrado del socialismo español, tras el Abuelo fundador, fue, sin duda, Julián Besteiro. Y digo socialismo español, sin distinción entre el exilio y el interior de España, porque tras el homenaje simultáneo al traslado de sus restos desde Carmona al cementerio civil a los veinte años de su muerte debido al maltrato en prisión, la recuperación se benefició, también, de la conmemoración del centenario de su nacimiento en 1970. En 1960 el manifiesto de intelectuales condenaba la violencia, y había sido encabezado por el profesor Tierno Galván, acompañado por personalidades de diversa significación, como Menéndez Pidal, Maura, Pérez de Ayala, Azorín, Aranguren o Gil Robles.

La memoria de Besteiro representaba a la que se podía considerar principal víctima del franquismo, debido a su antigua condición de presidente del PSOE y de las Cortes republicanas. Su marginación de los órganos dirigentes del Partido y del sindicato a partir de 1933, le hacía también irresponsable de la radicalización del socialismo español y de las violencias de la contienda.

El retrato de Besteiro acompañaba simbólicamente al de Pablo Iglesias, y, en menor medida, al de Francisco Largo Caballero, en todos los locales del PSOE en el exilio y en sus congresos presidían las sesiones. En el interior de España, la relativa liberalización de prensa y publicaciones que permitió la Ley Fraga de 1966, hizo que las valoraciones y homenajes trascendieran las revistas minoritarias, publicándose algunos estudios académicos de diversos especialistas, como Marta Bizcarrondo, Manuel Espadas, Julián Marías, Fermín Solana o Emilio Lamo de Espinosa.

² Manuel Albar, *Cartas, artículos y conferencias de un periodista español en México*, México, Impresiones Modernas, 1958, p. 404.

Esta memoria sobre el Besteiro víctima fue compartida por el PSOE renovado, encabezando Alfonso Guerra en 1976 un homenaje de tinte andalucista en Carmona, seguido de otras recuperaciones a lo largo de la democracia.

Lejos quedaba la polémica por su actuación en el Consejo de Defensa del final de la guerra, primándose la recuperación de su pensamiento y, desde luego, su condición de víctima de la represión.

Hubo, no obstante, un sector minoritario y disidente, representado por personalidades socialistas, que se podrían adscribir a una cultura política marxista revolucionaria, como Max Aub, Julio Álvarez del Vayo, Ramón Lamonedá, Amaro del Rosal o Gabriel Morón, para los que la única salida al franquismo era la República. Algunos de ellos pertenecieron algún tiempo también al PCE, defendiendo la utilización de todos los medios posibles, incluida la violencia, en el combate contra el franquismo. Para un escritor polifacético como Max Aub, no había espacio para una tercera España, y toda componenda con disidentes del franquismo era una traición a los ideales antifascistas de los que cayeron en la guerra de España.

En su libro de ensayos políticos, *Hablo como hombre*,³ Aub intenta dialogar con los comunistas, sin excluirlos de un proyecto común transformador de “una economía socialista en un estado liberal”. Sin embargo, para el antiguo joven socialista de origen extranjero de los años treinta, la República española era su patria, considerando los pactos de 1961, conocidos como Unión de Fuerzas Democráticas, con disidentes del franquismo de ideología liberal o democristiana, como el “verdadero entierro de la República”, el momento definitivo de derrota en la guerra de España. No se podía “transar” con civiles, militares u obispos “fautores de la rebelión de 1936”, que eran los “auténticos asesinos de la República”.

Finalmente, como es conocido, en el “tardofranquismo” se produjo la reestructuración de las organizaciones socialistas, con el traslado de su dirección al interior de España, la renovación de su proyecto político y el realce de los contenidos marxistas para aglutinar a todos los que se reclamaban del socialismo. Sin embargo, la unidad de acción con el PCE fue todavía una política polémica, porque muchos veteranos de los años de la República recordaban que la refundación de posguerra se había hecho contra toda colaboración con los comunistas del traidor Santiago Carrillo. Esta unidad de acción en la lucha

³ Max Aub, *Hablo como hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1967, 162 pp.

democrática, lejos de la colaboración bilateral entre ambos partidos, provocó la escisión de una parte del Partido seguidora del anciano secretario general Rodolfo Llopis en 1972. En la prensa partidaria se abrieron tribunas a los militantes, en las que los veteranos recordaban los agravios históricos con el PCE en sus años de hierro entre 1936 y 1950. Esta huella de la guerra, por tanto, no había sido superada en el seno de buena parte de la base y dirigencia socialista del exilio.

Paralelamente, en el PCE, el distanciamiento respecto a la URSS tras la invasión de Checoslovaquia por los tanques rusos en 1968 provocó la aparición de las primeras fracciones prosoviéticas, protagonizadas, entre otros, por un general comunista hecho durante la contienda, como fue Enrique Lister. En el plano de lo simbólico de la cultura política, el silenciamiento de la actividad guerrillera de los años cuarenta o el abandono de la conmemoración de la defensa de Madrid en noviembre de 1936 fueron considerados como un agravio más hacia los veteranos de la dirección encaminada hacia el eurocomunismo. Así lo recordaría el dirigente comunista asturiano, Juan Ambou, en su libro *Los comunistas en la resistencia nacional republicana*, publicado en 1978.

Como contraste, el antiguo vicesecretario del PSOE, Juan Simeón Vidarte, registraba sus recuerdos al filo de la transición, con el significativo título *Todos fuimos culpables*, considerando la guerra como una culpa colectiva.

Por tanto, cabe concluir que, si bien políticamente la superación del espíritu de la Guerra Civil fue un hecho en el PSOE desde 1947, con la aprobación de la política plebiscitaria de Prieto, y en el PCE desde la formulación de la política de reconciliación nacional en 1956, que enterraban la reivindicación de la Segunda República para proponer un plan de transición que consultara al pueblo sobre la definitiva forma de gobierno, no ocurría lo mismo en el seno de la memoria personal de los exiliados, marcada como no podía ser de otra manera por la ruptura de la guerra de España.

Con ocasión de la renovación del socialismo español no se produjo una ruptura simbólica con la cultura política del exilio. El PSOE tendió a recuperar a Pablo Iglesias y a figuras que no recordasen a la Guerra Civil. Buen ejemplo de ello es que las instituciones culturales se dedicaron a personalidades anteriores a la contienda, aunque la UGT dedicara a la memoria de Largo Caballero su principal fundación en 1978. En las publicaciones periódicas socialistas de la transición, fue más habitual la recuperación de personalidades con un perfil más intelectual, como Fernando de los Ríos y Luis Jiménez de Asúa.

LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA: A MODO DE FINAL

Solamente a partir de los años de gobierno de Felipe González tendió a recuperarse la memoria de, por ejemplo, Indalecio Prieto y Juan Negrín, aprovechando los centenarios de su nacimiento en 1983 o 1992. Se les recuperaba, además, como hombres de Estado, periodistas o científicos, más que como concretos líderes políticos de la República en guerra. Es bien conocida la actitud de la administración socialista hacia la conmemoración del cincuentenario de la Guerra Civil, considerando Felipe González que era un hecho que había que dejar a los historiadores más que hacer un uso político del mismo. No obstante, los socialistas tendieron a hacer suya la figura de Manuel Azaña, no sólo por su condición de principal personalidad de los años treinta, sino por su perfil regeneracionista y patriótico español, asumiendo su idea de España. En cualquier caso, se puede decir que la vivencia de la guerra había nacionalizado a los socialistas españoles desde la época del exilio, asumiendo una idea de España como España del pueblo, con un perfil no sólo clasista sino popular, es decir, abierto a la representación de sectores de los españoles más amplios que los de la clase obrera.